

EARTH'S EARLIEST AGES

LAS PRIMERAS ERAS DE LA TIERRA



G. H. PEMBER

Traducido por RMC

Nota del Traductor:

La presente traducción es para uso exclusivamente personal y en ningún momento para fines comerciales.

*Ha sido realizada directamente del original inglés
Earth's Earliest ages (Edición 1884)*

*Esta traducción contiene los capítulos del 1 al 10.
Les agradeceríamos hicieran un uso responsable de ella.*

R. Martínez C.

www.laiglesiaenmalaga.es

Versión 1.0

Capítulo II

La Creación

El error popular con respecto a la Creación surgió de la doctrina pagana del Caos

Al comienzo de nuestra investigación, nos enfrentamos a una afirmación falsa, popular, y profundamente arraigada, con respecto a la creación del mundo. Esta falacia se remonta a la antigüedad remota, y parece haber surgido originalmente de un tipo de compromiso entre la revelación y las leyendas de la cosmogonía pagana.

El poeta Hesíodo nos dice que lo primero que existió fue el Caos; que, de acuerdo con su etimología, es “el recipiente abierto y vacío de la materia creada”. Sin embargo, la palabra pronto perdió su sentido estricto y se usó para designar la masa en bruto e informe de material de la cual se formaron los cielos y la Tierra. Ovidio lo describe así: *“Hubo un tiempo muy remoto en que la tierra y el mar aún no se habían separado ni habían adquirido la forma que hoy tienen. Tampoco el cielo, que los cubre por igual a ambos. Por todas partes se extendía una masa confusa y desordenada, a la que llamaban Caos”* (Metamorfosis, Libro I “Origen del mundo” – ed. Anaya). En su obra “Fastos”, Jano, al que el autor identifica con el Caos, habla así:

“Los antiguos, pues yo soy un ente primitivo, me llamaban Caos: mira de qué lejano tiempo voy a recitar los hechos. Este aire transparente y los tres elementos que restan, fuego, agua y tierra, eran una masa uniforme. Tan pronto como esta masa se desligó por discordia de sus componentes, y una vez dispersa, fue a buscar insólitas moradas: la llama buscó la altura, el espacio más cercano admitió el aire, en medio del suelo se asentaron la tierra y el mar. Entonces yo, que había sido masa voluminosa, sin forma, me convertí en imagen y cuerpo dignos de un dios” (Fastos, libro I).

Por lo tanto, de acuerdo con la cosmogonía de Grecia y Roma, el universo surgió del Caos. Se cree que Urano, el Cielo, fue el primer dios supremo, sin embargo, fue expulsado del poder por su hijo Cronos, o Saturno, que más tarde recibió el mismo tratamiento de su hijo Zeus, o Júpiter. El caos fue lo

primero que existió, y la sucesión fugaz de los dioses que seguidamente vinieron a la existencia.

Influencia engañosa de esta doctrina en el mundo cristiano

Esta doctrina antigua y ampliamente difundida, como lo fue en el tiempo de nuestro Señor, no ha dejado de influir en los cristianos verdaderos y falsos. Entre los falsos, se encuentra la importante secta de los gnósticos, que creían en la malignidad eterna e intrínseca de la materia, pero a diferencia de los paganos, enseña que el Ser Supremo también existía desde la eternidad. Los cristianos ortodoxos escaparon por completo de este error mayor: no obstante, han dado testimonio de una clara influencia de la creencia popular en su interpretación del primer capítulo del Génesis. Porque, han hecho que el primer versículo muestre la creación como una masa confusa de elementos, de los cuales se formaron el cielo y la Tierra durante los Seis Días, entendiendo que la frase siguiente es una descripción aproximada de este asunto antes de que Dios le diera forma. Este punto de vista es el que ha llegado a nuestros días. Sin embargo, no parece ser probado por las Escrituras, como veremos más adelante, aunque por los resultados se puede detectar la astucia de la Serpiente. ¡Qué gran disputa ha causado esto entre la iglesia y el mundo! ¡Qué excusa tan a mano se les ofreció a los críticos de las Escrituras, por causa de las dificultades geológicas que en ella se presentan! ¡Con qué perplejidad contemplamos la Tierra oscurecida con la sombra del sufrimiento y la muerte en eras anteriores al pecado de Adán! ¡Cuántas mentes jóvenes fueron desviadas por la absoluta imposibilidad de defender lo que se les ha enseñado a considerar como declaraciones bíblicas! Por último, ¡cuánto tiempo precioso han perdido los dedicados servidores de Dios en esta discusión cuando podría haber sido mejor utilizado de otra manera!

Examen del registro de Moisés. “En el principio”

Volvamos al registro de Moisés y esforcémonos por obtener un significado claro y evidente. “*En el principio*”, leemos: “*Creó Dios los cielos y la tierra*” (Gn. 1:1). El principio se refiere, por supuesto, a la primera existencia de aquello que concierne a la historia, el cielo y la Tierra¹. Por tanto, de una vez,

¹ Por lo tanto, la expresión tiene en este caso un sentido muy diferente del que lleva en el primer verso de Juan. Aquí se usa como el principio del tiempo; pero allí de las incontables edades de la eternidad antes de que fuera el tiempo. El tercer versículo de Juan, “*Todas las cosas por Él fueron hechas*”, nos llevan al período del principio de Génesis.

esto pone fin a las especulaciones sobre la eternidad de la materia. Dios fue antes de lo que se ve, y por Su voluntad suprema, llamó las cosas a la existencia. Y una vez más, esta breve frase aplica un golpe mortal a todos los panteístas que intentan identificar a Dios con la naturaleza. La naturaleza es sólo una más de Sus muchas creaciones, una de las obras de sus manos: sus años pueden contarse, así como es conocido el día de su nacimiento. Sin embargo, Él es Dios desde la eternidad hasta la eternidad.

Se dice que la Tierra y sus alrededores fueron “creados” al principio; mientras que en los Seis Días solo fueron “hechos”.
Significado de las palabras hebreas *bara*, *asah* y *yatsar*

Ahora, en la descripción inspirada de lo que ocurrió al principio, no se dice que el cielo y la Tierra se moldearan, tomaran forma o fueran hechas de un material, sino que fue creada. Porque, sea cual sea el significado original de la palabra hebrea “*bara*”, parece cierto que en este pasaje y en otros como él, se usa para “llamar a la existencia algo sin la ayuda de materiales preexistentes”. Los escritores hebreos le daban este significado, y el rabino Nackman declara que no existe otra palabra para expresar que algo ha sido producido de la nada. Sin embargo, y por supuesto, es fácil de entender que una lengua pueda no tener un verbo que originalmente esté confinado a este significado: porque la idea no hubiese sido concebida por el hombre sin la ayuda de la revelación. Las teorías desarrolladas, tan populares en nuestros días, unidas a que casi invariablemente son más o menos escépticas, indican la inclinación natural de la mente humana a este punto: y el poeta filósofo Lucrecio fue un representante de esto, cuando declaró que el primer principio de la naturaleza era: “*Nada ha sido elaborado a partir de la nada por el poder divino*” (De Rerum Natura I. 150 - Sobre la naturaleza de las cosas).

Por lo tanto, podemos entender fácilmente que la palabra elegida por el Espíritu Santo para expresar la creación puede haber significado previamente la formación de la materia. Sin embargo, su uso es suficientemente definido en este y otros pasajes similar. Porque se nos dice que en el principio, Dios creó los cielos y la Tierra, pero las Escrituras nunca nos dicen que lo hizo en seis días. El trabajo de esos días era, como veremos, algo muy diferente de la creación original: eran tiempos de restauración, y se utiliza la palabra hebrea *asah*, la cual está generalmente relacionada a esos tiempos.

Asah significa hacer, dar forma, o preparar a partir de material existente, como, por ejemplo, construir un barco, edificar una casa o preparar una comida.

Sin embargo, hay dos actos de creación mencionados en la historia de los Seis Días. En primer lugar, está escrito que Dios creó a los habitantes de las aguas y las aves del cielo, porque éstos no consisten solamente en el molde material de sus cuerpos, sino un principio de vida interior que sólo podía ser otorgado por un acto directo de creación (Gn. 1:21). Por tanto, aquí, el cambio de la palabra es muy comprensible. Del mismo modo, se dice que el hombre fue creado, aunque en el segundo capítulo dice claramente que su cuerpo fue formado del polvo (Gn. 1:27; 2:7). Debido a que el verdadero hombre es el alma y el espíritu: el cuerpo, el cual cambia naturalmente cada siete años y que debe terminar pudriéndose en la tumba, es considerado simplemente como el revestimiento exterior, lo que le da el poder de interactuar con su ambiente actual, y cuyos materiales fueron apropiadamente tomados de esa tierra en contacto con la que estaba destinado a vivir.

En el registro detallado del origen del hombre, se usa una tercera palabra para dar sentido a la formación de su cuerpo: *Yatzar*, la cual significa dar forma, moldear, como el barro del alfarero (2:7).

Un pasaje de Isaías ilustra muy bien el significado y la relación de estos tres verbos: “*todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice*” (Is. 43:7). Kimchi hace la siguiente observación acerca de este versículo: “Yo lo he *creado*, es decir, lo he producido de la nada; *formado*, es decir, que había llegado a existir en una forma o molde designado; *hecho*, es decir, he hecho las disposiciones y arreglos finales respecto a él”.

Un débil reflejo del poder creador de Dios puede, tal vez,
ser detectado por el hombre

Por tanto, Dios, en el principio, creó los cielos y la Tierra, no sólo las materias primas de los cuales fueron formados posteriormente. Cómo se realizó este maravilloso trabajo no se nos relata: pero es posible que el poder creador de Dios tenga una analogía con los seres que se han hecho a Su imagen, una analogía que ilustra muy bien la distancia entre la criatura y el Creador. Sabemos que con la fuerza de la imaginación, no sólo podemos poner ante nuestros ojos escenas que nos interesaban desde hace mucho tiempo, lugares que con placer visitaríamos en cuerpo, las formas de seres queridos que partieron, tan queridos para nosotros como nuestra propia vida, sino también imaginar eventos futuros, tal como nos gustaría que fueran. Sin embargo, la visión es a menudo borrosa, efímera y profana. Pero tal vez, de alguna manera, al tiempo que producimos este cuadro oscuro y caído, los

pensamientos de Dios, que vienen de las profundidades de Su santidad y Su amor, adoptan forma inmediatamente y, en lugar de convertirse en sueños insustanciales y evanescentes, lo hacen en una preciosa realidad, estableciéndose para siempre, a menos que Él opte por cambiarlo o quitarlo. Así, puede ser que una hueste de incontables soles y planetas que componen el universo de repente vean la luz por voluntad de Dios y en un momento, iluminen la región oscura del espacio con un alarde de colores (glorias).

El primer versículo del Génesis no es un resumen de lo que sigue, sino un registro del primero de una serie de eventos

El cielo mencionado en el primer versículo del Génesis es el cielo estrellado, no el firmamento que rodea inmediatamente nuestra tierra²; y puesto que su historia no se desarrolla más, puede, por lo que sabemos, que haya permanecido, desarrollándose, quizás, pero sin cambios violentos desde el momento de su creación hasta ahora. Sin embargo, no ha sido así con la Tierra, como a continuación se muestra en el próximo versículo: “*Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo*” (Gn. 1:2).

Ahora bien, la “Y”, según el uso hebreo -así como en la mayoría de muchos otros idiomas- demuestra que el primer versículo no es un compendio de lo que sigue, sino una declaración del primer acontecimiento en el registro. Porque si fuera meramente un resumen, el segundo versículo sería el verdadero comienzo de la historia, y no comenzaría con una copulativa. Un buen ejemplo de esto podría ser el quinto capítulo del Génesis: “*Este es el libro de las generaciones de Adán*” (Gn. 5:1). Estas palabras son un compendio del capítulo, y, en consecuencia, la siguiente frase comienza sin copulativa. No tenemos, por tanto, en el segundo versículo del Génesis, el primer detalle de la declaración general de la frase anterior, sino el registro de un evento siguiente totalmente diferente y posterior, que no afectó el cielo sideral, sino sólo a la Tierra y su entorno inmediato. Y ahora debemos esforzarnos en descubrir qué fue ese evento.

² Véanse las observaciones sobre el Cuarto Día en el capítulo IV, y también la exposición de Génesis 2:4, en la última parte del mismo capítulo.

Las palabras traducidas, “la Tierra estaba desordenada y vacía, cuando se entienden correctamente describen una catástrofe que le aconteció a la Tierra algún tiempo después de su creación

De acuerdo con nuestra versión: “*La tierra estaba desordenada y vacía*”. Este, sin embargo, no es el sentido de la palabra hebrea, sino sólo una evidente ilustración de la leyenda del caos. Fuerst dice que el significado correcto de “desordenada³” es “en ruina”, o “asolada”. La segunda palabra significa “vacío”, esto es, “lo que está vacío”, por lo que en este caso, la traducción de la versión Autorizada (inglesa) es aceptable. Estas palabras se encuentran juntas en sólo dos pasajes, y en ambos son utilizadas para expresar claramente el estrago causado por el derramamiento de la ira de Dios.

En una profecía de Isaías, después de una maravillosa descripción de la caída de Edom el día de la venganza, nos encontramos con la expresión “*Y se extenderá sobre ella cordel de destrucción, y niveles de asolamiento*” (Is. 34:11). Las palabras “destrucción” (*en inglés dice “confusión”*), y “asolamiento” (*en inglés dice “vacío”*) son en hebreo, las mismas traducidas como “desordenada y vacía”. Y el sentido es que al igual que el arquitecto hace un uso cuidadoso de la línea de plomada para levantar el edificio a la perfección, así hará el Señor para un asolamiento completo.

No hay, pues, posibilidad de error en relación con el significado de las palabras en este lugar. El segundo pasaje es aún más concluyente, porque, al describir la devastación de Judá y Jerusalén, Jeremías lo compara con la destrucción pre-adámica y exclama: “*Miré a la tierra, y he aquí que estaba assolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz. Miré a los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruidos. Miré, y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran assoladas delante de Jehová, delante del ardor de su ira. Porque así dijo Jehová: Toda la tierra será assolada; pero no la destruiré del todo*” (Jer. 4:23-27).

Por tanto vemos que la palabra hebrea “*tohu*” significa “asolado” o “lo que esta assolado”, y el término “*bohu*” significa “vacío” o “lo que está vacío”, refiriéndose, probablemente, a la ausencia de la vida (“Y miré, y no había ningún hombre”, etc.). Y nuevamente el verbo traducido “estaba” se usa ocasionalmente con un acusativo simple, en el sentido de “ser hecho” o “llegar a ser”. Un ejemplo de esto se puede encontrar en la historia de la mujer de Lot, cuando dice que se “volvió (convirtió en) una estatua de sal”

³ N. del T. En inglés dice: “sin forma”; otras versiones en español, “sin orden”

(Gn. 19:26). Este sentido, es sin lugar a dudas, el mejor para nuestro contexto. Por lo tanto, podemos adoptarlo y traducir así: “La Tierra se volvió (convirtió) asolada y vacía, y la oscuridad estaba sobre la faz del abismo”.

Pero, si necesitamos más evidencias para probar que nuestro versículo no describe una masa caótica creada en principio por Dios y a la que después se le dio forma, entonces, tenemos una declaración directa y positiva en el capítulo 45 de Isaías: “*Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy Jehová, y no hay otro*” (45:18). Vemos, entonces, que Dios no creó la Tierra un “*tohu*”. Esta palabra, por lo tanto, sea cual sea el significado que se le asigne, no puede ser una descripción de la condición más primitiva de la Tierra. Sin embargo, nuestros traductores han oscurecido el hecho mediante la traducción de *tohu* por “sin forma” (o “desordenada”). Ni siquiera han comparado los pasajes en que aparece, porque si lo hubieran hecho, habrían visto la conveniencia de traducir la referencia manifiesta a la creación de Isaías igual que en Génesis.

Hay, por lo tanto, un amplio espacio entre el primer y el segundo versículo del Génesis para todas las eras geológicas, a las cuales, sin embargo, no se alude en las Escrituras. Motivo de la omisión

Es evidente, entonces, que el segundo versículo del Génesis describe la Tierra como una ruina, pero no hay ninguna indicación sobre el tiempo transcurrido entre la creación y esta ruina. Siglos y siglos pudieron haber pasado, y fue probablemente en el curso de los cuales que la corteza terrestre se fue desarrollando gradualmente. Vemos, pues, que los ataques geológicos contra las Escrituras están totalmente fuera de lugar, son meros disparos al aire. Hay espacio para cualquier período de tiempo entre el primer versículo y el segundo de la Biblia. Y de nuevo; puesto que no tenemos ningún registro inspirado de las formaciones geológicas, somos libres de creer que fueron desarrollándose en el orden en el que las encontramos. Todo el proceso ocurrió en la época pre-adámica, en relación, tal vez con seres de otra raza, lo cual no nos interesa en este momento.

Cabe señalar que desde la caída del hombre, Dios no ha revelado nada para satisfacer el mero deseo de conocimiento, sino sólo aquellos asuntos que pudieran ilustrar satisfactoriamente Su eterno poder y Deidad, nuestra condición caída, con su remedio en el amor insondable, la promesa de una rápida liberación del pecado, una restauración completa por Su favor y una vida infinita de perfecta obediencia y gozo.

En nuestra condición actual, el conocimiento es una posesión peligrosa

El conocimiento en esta vida es un don lleno de peligros, ya que nuestra principal tarea aquí es aprender la lección de la absoluta dependencia de Dios y una total sumisión a Su voluntad. Su trato con nosotros tienen como fin el que Él pueda atraernos de nuestros propios propósitos y quitar la soberbia de nosotros (Job 33:17). Sin embargo, el conocimiento produce la exaltación indebida, a menos que vaya acompañada de un poderoso derramamiento de la gracia. Fue la visión del conocimiento la que llenó el seno de nuestra primera madre con aspiraciones impías, y le hizo escuchar al Tentador, al ofrecerle la esperanza de ser como Dios. Y es un hecho nefasto que después de la caída, los primeros inventores de las artes y las ciencias fueron los descendientes, no del creyente Set, sino del deísta y asesino Caín.

Así que en nuestros días, los líderes de la ciencia son a menudo los líderes de la infidelidad, aborrecedores de Dios y la oración. Excepto por una gracia especial, el hombre parece incapaz de soportar el menor peso de poder sobre sus hombros sin perder el equilibrio.

Por eso, las Escrituras adoptan exactamente la actitud que hay que esperar, y en su conjunto, así como en los versos que nos ocupan, evita el contacto con la ciencia de los hombres. Dios no nos prohíbe investigar, hasta donde podamos alcanzar, las leyes de Su universo, pero se niega a ayudar o acelerar nuestros estudios realizados por medio de la revelación. En la actualidad, prefiere centrarse más en la renovación moral de nosotros mismos y nuestros semejantes. Sin embargo, después de un corto período de tiempo, abrirá su inmenso caudal de sabiduría para aquellos que le aman y confían en Él, complaciendo sus almas con los secretos de Su poder creador.